

**Escrito por: narrador**

**Resumen:**

Cuando una ama a su esposo, como yo amo al mío, no hay sacrificio que no haga por él;

**Relato:**

Gerardo es un amante y perfecto esposo, magnífico yerno, excelente padre, y sin lugar a dudas sumamente responsable, además considerado como ningún otro hombre, en fin como ya dije perfecto. Por lo que cuando Don Armando, dueño y presidente de la empresa para la que trabaja mi esposo me llamó a casa, me sorprendió. Sin darme explicación alguna, simplemente me dijo que él deseaba verme para hablar conmigo de inmediato, un asunto de suma importancia, y que no era necesario que Gerardo mi esposo se enterase, por los momentos. Por lo que a los pocos minutos mientras me cambiaba de ropa, Gerardo me llamó por teléfono, para decirme que se encontraba en el aeropuerto, y que regresaría en tres o cuatro días, ya que debía ir a realizar una auditoría en una de las sucursales de la empresa, no le dije nada. Apenas llegué, de inmediato Don Armando en persona me recibió en la puerta de la empresa, me saludó cortésmente, y apenas entramos a sus oficinas, me solicitó que tomase asiento. Fue cuando me dijo. Rosa, a mi no me gusta perder tiempo, así que voy directo al grano. Depende de su respuesta, mañana Gerardo despierta en su cama, o en la cárcel. Yo me quedé confundida, y sin idea de lo que ese hombre me estaba diciendo. Don Armando se dio cuenta de mi confusión, y continuó diciéndome. Ya veo que no tiene, ni la menor idea de lo que le hablo. Bueno te diré que Gerardo, hace tres meses, tomó una fuerte y sustancial cantidad de dinero de la empresa, y aunque la ha ido reponiendo, no por eso deja de ser un delito. En ese instante, mi mente recordó que cuando hizo falta el dinero, para la urgente operación de mi madre, Gerardo pagó todo, y sin darme muchas explicaciones, tan solo me dijo que eso era parte de sus beneficios marginales en la empresa. Don Armando continuó diciéndome, así que te diré si Gerardo duerme esta noche en la cárcel, o por lo contrario seguir su vida, trabajando para la empresa, y desde luego que pagando la deuda. Yo aún más confundida, le dije. Desde luego que no quiero que mi esposo vaya a la cárcel, sobre todo si hay algo que se pueda hacer para evitarlo, además ya usted me dijo que él estaba pagando, lo que tomó prestado. No tomé nada prestado, robé. Algo enfurecido, esas fueron las palabras de Don Armando, y continuó diciendo. No trate de minimizar las acciones de tu esposo, robo es robo, sea de un solo centavo es robo. Yo estaba a punto de ponerme a llorar, cuando

Él me dijo. Sin teatro, lo que yo quiero que me diga, es si va ayudar a su esposo, o por lo contrario va a dejar que lo meta preso. Yo me quedé en silencio, viéndolo y escuchando a Don Armando, que de inmediato continuó diciéndome. A mí no me va a temblar el pulso, para despedirlo, y mandar a que lo metan preso. Así que necesito que me digas, si estás dispuesta a ser una de mis putas. Yo al escuchar sus palabras, me quedé aun más sorprendida. Él sin inmutarse continuó diciéndome, yo trato muy bien a mis clientes, y entre los servicios que les doy, está el de poner a su disposición, alguna que otra dama de compañía íntima, o sea putas para que se acuesten con ellos. Desde luego que tu marido, no se enterará de nada, claro está; a menos que tú se lo cuentes. Y por él no te preocupes, ya que lo voy a tener trabajando tantas horas extras, y supervisando sucursales, que no tendrá tiempo de darse cuenta de que no estás en casa. Finalmente levantando el teléfono me dijo, esta oferta expira en los próximos segundos, así que decide ahora mismo, o Gerardo mañana despierta en la cárcel, o en tu casa. De inmediato por mi mente, pasaron los momentos de angustia que sufrimos, cuando fue necesario operar a mi madre, y como mi esposo por lo visto sin tomar en cuenta las consecuencias, tomó el dinero prestado, para pagar la operación. Las ganas que yo tenía, en ese instante, era de mandar al desgraciado de Don Armando, al mismo coño de su madre. Pero me contuve, y de manera sumisa, bajando la mirada le dije al jefe de mi esposo. Como usted diga, Don Armando. Yo estoy dispuesta hacer lo que usted me ordene, pero por lo que más quiera, no permita que mi esposo vaya preso. Don Armando de inmediato me dijo, bueno ya que tenemos un acuerdo, quiero ante todo, yo mismo probar la mercancía. Así que Rosita, vete quitando toda la ropa, ya mismo. Por lo que muerta de vergüenza, al mismo tiempo que sumamente indignada, y sintiéndome completamente impotente, para evitar el abuso de Don Armando, conteniendo las fuertes ganas de llorar, comencé a desvestirme. Diciéndome a mí misma mentalmente, hago este sacrificio, por el amor que le tengo a Gerardo. Una vez que me quité casi toda la ropa, ya que me quedé en pantis y sostén, el viejo sucio ese, caminando a mí alrededor, como si inspeccionase algo que iba a comprar, se sonrió diciéndome, que bien me gustan las putas, que aun a pesar de todo son recatadas. Pero de inmediato, déndome una ardiente nalgada, me dijo. Vamos quite todo de una vez, no te hagas de rogar. Por lo que a pesar de lo mal que me sentía, desabroché mi sostén, y bajé mis pantaletas hasta la roja alfombra de su oficina. Para luego recogerlas, y junto a mi sostén, colocarlas al lado del vestido que previamente me había quitado. Ya completamente desnuda, Don Armando continuó caminando a mí alrededor, sentando sus asquerosas manos sobre mis nalgas, y como poco a poco las fue deslizando por todo mi cuerpo, tocando mis senos, y sintiendo su

respiración sobre mi nuca y mis orejas. Mientras que yo cerrando los ojos, procuraba contener las ganas de golpearlo. Dime, misma, contrólame Rosa, que si no el muy desgraciado mete preso a tu esposo, y después no vas a tener quien te mantenga a ti, y a tus hijos, si Gerardo va preso. Pensando de esa manera fue que pude controlarme, a medida que el viejo sucio, comenzaba acariciar, e introducir sus dedos dentro de mi coño. Yo la verdad es que, las ganas que tenía eran de matarlo. Cuando lo escuché, decíme, ahora separa las piernas un poco, quiero sentir el calor de tu coño entre mis dedos, y de manera obediente, separa las piernas, repítelo mentalmente, una y otra vez. Contrólame Rosa, que si no el desgraciado este mete preso a tu esposo, y después no vas a tener quien te mantenga a ti, y a tus hijos, si Gerardo va preso. A medida que el jefe de mi esposo, continuó acariciando internamente mi coño, y hasta mi clitoris. Lo observé cómo se llevaba sus dedos hasta sus narices, y entrecerrando sus ojos aspiraba con fuerza, el olor de mi coño, de entre sus dedos. De momento, retiró sus dedos de mi coño, me tomó por una mano, y tras mantenerse de pie, frente a un inmenso sofá que había en su oficina, colocando ambas manos sobre mis hombros, me dijo. Arrodílate, al escucharlo decíme eso, de inmediato supe cuáles eran sus sucios deseos. En mi vida, ni tan siquiera mi esposo, jamás había pedido que le hiciera eso, pero en esos instantes el desgraciado de Don Armando, me obligaba contra mi voluntad, a que yo hiciera lo que él deseaba. Por lo que al tiempo que ejerciendo cierta presión sobre mis desnudos hombros, me obligó a que me arrodillase frente a él, al tiempo que él tomaba asiento en el inmenso sofá, en cosa de pocos segundos, el muy desgraciado, extrajo de su pantalón su semi erecto miembro al tiempo que me preguntó: ¿ya sabes que es lo que quiero? Yo viéndolo con mucha rabia en mis ojos, le respondí seca y bruscamente, sí. En ese instante, el muy desgraciado, me ha soltado una fuerte cachetada, dime. No me respondas de esa manera, es más ni me vea de esa forma, sino no te has dado cuenta, ahora tu eres mi esclava personal, y harás todo aquello que yo te ordene, y tal como te lo ordene, pero sobre todo de buena gana, sino doy por terminado nuestro trato, y al pendejo de tu marido, seguramente antes de que se despierte mañana, ya los otros presos le habrán comido el culo. Eso bastó para que yo de manera consciente cambiase mi aptitud, y disposición hacia lo que me ordenaba el hijo de la gran puta de Armando. De inmediato, me dijo, primero quiero que lo lames, luego que beses la cabeza de mi verga, y después poco a poco, que comiences a chuparme. Cuando volví a mirar su verga, esta se encontraba completamente erecta, al parecer el darme la cachetada, y las cosas que me dijo lo excitó más todavía. Yo por mi parte, ya resignada a mi suerte, tomé su erecto miembro entre mis manos, y obedeciendo sus palabras, comencé a pasar mi lengua a todo lo largo de su

caliente verga, para a los pocos segundos, cerrando mis ojos, comencé a besar, y continuar lamiendo su colorado glande. A todas estas, yo no dejaba de decirme a mí misma, una y otra vez. Contrólate Rosa, que el muy desgraciado mete preso a tu esposo, y después no vas a tener quien te mantenga a ti, y a tus hijos. Fue al poco rato que sentí que me golpeaba ligeramente mi cabeza, como una especie de señal para que dejase de besar y lamer su glande y me dedicase a mamar su verga. Así que no me quedé más remedio que abrir mi boca, y lentamente comenzar a chupársela, yo aunque eso me desagradaba enormemente, a medida que continué; chupa que chupa, de manera inconsciente levanté mis ojos, y pude observar en su rostro la gran satisfacción, y placer que yo estando completamente desnuda, y arrodillada frente a él, con su miembro dentro de mi boca le proporcionaba. Pero apenas volví a bajar la mirada, y cerrar mis ojos, escuché a Armando ordenarme, que separase mis piernas, y me acariciara yo misma mi coño. Cosa que a medida que seguía mamando su verga, comencé a hacer. Introduciendo mis dedos, dentro de mi vulva una y otra vez, sin dejar de pensar. Rosa contrólate, que si no el muy desgraciado mete preso a tu esposo, y después no vas a tener quien te mantenga a ti. Yo seguía mama que mama, al tiempo que frente a él yo introducía mis dedos dentro de mi coño, una y otra vez. Con rabia, por lo impotente que me sentía, al no poder evitar seguir sus órdenes, seguía golpeando mi clitoris, y bruscamente introduciendo mis dedos dentro de mi vulva. Lo que aunque sin darme cuenta y sin querer, me fue excitando, y peor me sentía por eso. Yo deseaba hacer que el muy desgraciado de Armando, terminase de una vez, y por todas. Pero de momento, me dijo. Ahora quiero ver cómo te mueves, y tras decir eso, sacó su verga de mi boca, y poniéndose de pie frente a mí, mientras que aun yo me mantenía, tirada sobre la alfombra roja de su oficina, con mis piernas bien abiertas, e introduciendo prácticamente toda mi mano dentro de mi coño. Si bien es cierto que el odio que sentía hacia ese repulsivo tipo, era grande. No dejaba de decirme mentalmente. Rosa, después no vas a tener quien te mantenga. Así que sonríe, y obedécele al hijo de la gran puta este. Por lo que cuando me ordenó que me recostase en el sofá, así lo hice de inmediato, y antes de que él me dijera algo, separé mis piernas, y agarrando mi coño, le dirigí una hipercrita sonrisa. Aunque debido a lo mucho que yo misma estuve acariciando mi coño, me excitaba a tal grado, y no les niego que en ciertos momentos, sentí el deseo de ser penetrada por él. Aunque de inmediato, yo misma me recriminaba dicho sentir. Yo vi como Armando se bajó los pantalones, hasta sus rodillas, y como manteniendo agarrada su verga entre una de sus manos, lentamente se fue colocando sobre mí, y como fui sintiendo que su miembro penetraba mi húmedo, y bien lubricado coño, con suma facilidad. Ya Armando me tenía toda su verga introducida hasta el fondo

de mi coño, cuando de momento, al sentir sus labios sobre los míos, &eacute;l comenz&ouacutea besarme. Pienso que bien pude evitarlo, pero ya en ese instante no podía m&aacute;s que dejar sumisamente, que &eacute;l me hiciera lo que quisiera. Su lengua jugaba dentro de mi boca, con la m&iacute;a, al tiempo que una y otra vez, sent&iacute; su verga, entrando y saliendo de mi coño, sabrosamente. Por lo que yo dej&eacute; de reprimir mis impulsos m&aacute;s &iacute;ntimos, y con gran fuerza y placer comenc&eacute; a mover mis caderas intensamente. Ya en esos instantes, despu&eacute;s me di cuenta, que ni tan siquiera pensaba en mi esposo Gerardo, lo &uacute;nico que deseaba intensamente era seguir disfrutando de ser obligada a ser su puta, o esclava personal, como me dijo Armando. Aunque me averg&uuml;enza decirlo, Armando, en esos momentos, me hizo disfrutar de un sin n&uacute;mero de m&uacute;ltiples orgasmos. Yo mov&iacute;a todo mi cuerpo como pose&iacute;da por un esp&iacute;ritu, mientras que no dejaba de besar al jefe de mi esposo, sintiendo su lengua dentro de la m&iacute;a, y como su verga me provocaba un intenso placer, a medida que entraba y sal&iacute;a de mi mojado, y caliente coño. Cuando Armando comenz&ouacute;a venirse, sac&ouacute; su verga de mi coño, y dirigi&eacute;ndola a mi boca, al tiempo que me agarraba por m&iacute; cabello, me oblig&ouacute; en parte a que siguiera mamando, ya que yo me dediqu&eacute; a chupar intensamente toda su verga, y sin escr&uacute;pulo alguno me tragu&eacute; toda su leche. Tanto &eacute;l como yo quedamos agotados, y sudados. Despu&eacute;s de un momento de descanso, Armando se puso de pie, dici&eacute;ndome. De ahora en adelante, cuando te llame, no hay raz&ouacute;n, motivo, o causa, por la cual no te presentes. Tras subirse los pantalones, se acerc&ouacute; a su escritorio, y extrajo de una de sus gavetas un buen fajo de billetes dici&eacute;ndome. Esto es para que te compres ropa fina, que solo usaras para m&iacute; o mis clientes, &quest;entendiste? A lo que yo sin levantar la mirada de la roja alfombra, asent&iacute; afirmativamente con mi cabeza. De inmediato me dijo, ahora pasa al ba&ntilde;o, as&eacute;ate, y arr&eacute;glate. Ha y cuando salgas, lo haces por esa puerta que da a la calle, para que nadie de aqu&iacute; te vea. Al tomar el dinero, y mientras me aseaba, y vest&iacute;a, me sent&iacute;a como toda una puta. Aunque me dec&iacute;a a m&iacute; misma, esto lo haces por Gerardo tu esposo, pago la operaci&ouacute;n de tu mam&aacute;e;, y es un buen hombre, no necesita enterarse de nada de lo que ha pasado, entre t&uacute; y Armando. Durante los siguientes d&iacute;as, y mientras mi esposo estuvo de viaje, Armando me estuvo usando, como le dio gusto y gana. Despu&eacute;s de eso, comenz&ouacute;a presentarme a varios de sus clientes, con los que me he tenido que acostar, pero los que a su vez, han sido sumamente generosos conmigo.